



Byung-Chul Han, «El teatro pornográfico», dins *La salvación de lo bello*, editorial Herder, 2015. (Traducció: Alberto Ciria)

A la pregunta de por qué abandonó definitivamente el teatro, Botho Strauß responde:

Simplemente se acabó. Sobre el escenario yo quería ser un erotómano, pero quienes mandan hoy en el teatro —en un sentido estético o literal— son los pornógrafos. A mí me interesan las vinculaciones y las vicisitudes eróticas, pero hoy ya no se entablan vinculaciones ni se producen vicisitudes, sino que siempre se expone solo el aspecto pornográfico del asunto.

El erotómano se diferencia del pornógrafo por ser indirecto y por dar rodeos. Ama las *distancias escénicas*. Se conforma con alusiones, en lugar de exponer directamente el tema. El actor erótico no es un expositor pornográfico. La erótica es *alusiva* y no *directamente afectante*. En eso se diferencia de la pornografía. El modo temporal de lo pornográfico es *directo y sin ambages*. Demora, ralentización y distracción son las modalidades temporales

de lo erótico. Lo *deíctico*, mostrar de forma directa el asunto, es pornográfico. La pornografía evita rodeos. Va directamente al asunto. Por el contrario, lo que resulta erótico son los signos, que *circulan* sin revelar. Lo que resultaría pornográfico sería el *teatro de la revelación*. Eróticos son los secretos, que, sobre todo, son *indesvelables*. En eso se diferencian de las *informaciones ocultas y retenidas*, que podrían desvelarse. Pornográfico resulta, justamente, un desvelamiento progresivo que llega hasta la *verdad* o la *transparencia*.

Al teatro pornográfico le falta lo dialógico. Según Strauß, es una «empresa psicopática privada». La capacidad de diálogo, de entablar una relación con lo distinto, es más, siquiera de *escuchar*, va menguando hoy en todos los niveles. El sujeto narcisista actual lo percibe todo solo como sombreados de sí mismo. Es incapaz de ver al otro en su alteridad. El diálogo no es una escenificación de desnudamientos recíprocos. Ni las confesiones ni las revelaciones resultan eróticas.

En un texto laudatorio dedicado a la actriz Jutta Lampe escribe Botho Strauß:

Si apenas estábamos escuchando aún el tono argénteamente infantil, casi cantarín, en el siguiente momento ha bajado en un intervalo brusco a un timbre gutural, casi chillón, por momentos verdaderamente ordinario. La tesitura que cambia rápidamente no es un gesto de coloratura, sino la energía de enlace dialógico propia de querer saber a toda costa algo del otro y en común con él.

Lo que caracteriza a la sociedad actual es la falta de energía de enlace dialógico. Cuando del escenario desaparece lo dialógico, surge un teatro de las afectaciones. Estas no están estructuradas dialógicamente. Implican una *negación de lo distinto*.

Los sentimientos son narrativos. Las emociones son impulsivas. Ni las emociones ni las afectaciones despliegan un espacio narrativo. El teatro de las afectaciones no *narra*. Más bien, una masa de afectaciones se carga directamente sobre el escenario. En eso consiste su carácter pornográfico. Los sentimientos tienen también una temporalidad distinta a las emociones y las afectaciones. Poseen una duración, una longitud narrativa. Las emociones son esencialmente más pasajeras que los

sentimientos. Las afectaciones se limitan a un momento. Y los sentimientos son los únicos que tienen acceso a lo dialógico, al *otro*. Por eso existe la empatía, mientras que no hay una emoción o una afectación conjuntas. Tanto las afectaciones como las emociones son expresión de un sujeto aislado y monológico.

La actual sociedad íntima elimina cada vez más modalidades y márgenes objetivos en los que uno pueda escabullirse *de sí mismo*, de su *psicología*. La intimidad se contrapone a la distancia lúdica, a lo teatral. Lo decisivo para el juego son las formas objetivas y no los estados psicológicos y subjetivos. El juego riguroso o el ritual exoneran el alma, no concediendo ningún margen a la pornografía anímica: «En ella no se produce excentricidad, egolatría ni exaltación. El encanto y el juego riguroso excluyen el arbitrio emocional, el nudismo anímico y lo psicopático». La actriz, es más, la *jugadora* pasional, es *des-psicologizada, desubjetivizada y desinteriorizada hasta convertirse en nadie*: «Tú no eres nadie, pues de otro modo no serías una gran actriz». El *nadie* (del latín *nemo*) no tiene ningún alma que se pudiera desnudar. Frente al nudismo anímico de la pornografía, frente a lo psicopático,



Strauß exige una *autotrascendencia nemológica* en la que, yendo más allá de sí mismo, uno se dirija al otro y se deje seducir por él. El teatro erótico es el lugar en el que es posible la seducción, la *fantasía para el otro*.